Al Exmo Sr D. Manuel García Gallardo
su affmo amigo y compañero
Vicente V. Queipo

DISCURSOS

LEIDOS ANTE

LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DEL

EXCMO. SR. D. VICENTE VAZQUEZ QUEIPO.

MADRID:
IMPRENTA DE J. MARTIN ALEGRÍA,
Paseo del Obelisco, núm. 2 (Chamberí).
1861.

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. VICENTE VAZQUEZ QUEIPO.

PROGRESOS

QUE EN LOS ÚLTIMOS TREINTA AÑOS HA HECHO LA HISTORIA DE LOS PUEBLOS PRIMITIVOS, Y BRILLANTE PORVENIR QUE LA PREPARAN LOS ASOMBROSOS DESCUBRIMIENTOS DEBIDOS AL PODER DE LA INTELIGENCIA HUMANA.

Señores:

En estos momentos solemnes, en que embargado el ánimo de emocion y respeto, apenas me queda libertad para espresar, con ser tan grandes, mis sentimientos de gratitud por la alta honra que me habeis dispensado, no estrañaréis que reclame vuestra indulgencia al dirigiros mi desautorizada voz en este augusto recinto, donde tantas otras y tan elocuentes habeis escuchado. Y en verdad que si aun los hombres mas eminentes no estan exentos de un prudente temor en iguales circunstancias, menos deberé estarlo yo, que desde mi infancia he consagrado la mayor parte de mi vida á estudios tan diferentes de los que forman la índole de vuestros trabajos literarios. Una sola esperanza me alienta sin embargo, y es la señalada muestra que habeis dado de vuestra benevolencia admitiéndome, no obstante mis escasos merecimientos, á participar de la gloria que tan viva refleja sobre todos los individuos de esta ilustre Academia. Pero esta misma distincion que en tanta valía tengo, me impone altos deberes, muy superiores á lo que permiten mis ya débiles y gastadas

fuerzas. Deberes tanto mas imperiosos, cuanto la suerte me ha designado como sucesor de uno de vuestros mas antiguos é ilustres miembros, cuya vasta erudicion histórica solo podia compararse con su proverbial modestia. Habeis comprendido, sin duda, que hablo del Excelentísimo Sr. D. Martin de los Heros, Senador que fué del Reino, Ministro de la Gobernacion, y mas tarde Intendente de la Real Casa en dos distintas épocas. Profundamente versado en nuestra historia y geografía antiguas, de que tan relevantes y repetidas muestras dió en el discurso de su vida académica, poseia ademas todas las otras prendas que realzan al hombre y le hacen agradable en la sociedad. De costumbres sencillas; afable y en estremo cortés en su trato; diserto y ameno en el decir; templado pero firme en sus opiniones políticas; probo y de porte modesto en medio del fausto y de la corrupcion del siglo; exacto y celoso en el desempeño de sus deberes, pero bondadoso y justo para con sus subalternos, allegaba á todas estas dotes un continente noble; una fisonomía viva y espresiva, que le captaban las simpatías de cuantos tenian la dicha de tratarle, y le ofrecian á la consideracion de todos como el tipo ideal, el modelo perfecto de la hidalguía y la caballerosidad castellanas en los mejores tiempos de la monarquía. Tal es en bosquejo el fiel, pero descolorido, retrato del digno Académico cuya vacante, de dificilísimo reemplazo, vengo hoy á ocupar por vuestra benevolencia.

Pagado este justo aunque escaso tributo, que debo á su memoria, no solo como mi antecesor, sino como mi amigo y jefe cuando por primera vez entré en la carrera administrativa, cúmpleme ahora satisfacer la deuda de gratitud que me impone el nuevo cargo de que me habeis

revestido, entreteniéndoos breves instantes sobre algun punto digno de vuestra ilustracion. Pero ¿qué podré deciros que ofrezca alguna novedad para personas tan versadas en todos los ramos de la historia? Confieso francamente que mas de una vez me he visto perplejo en la eleccion del asunto que habia de someter en este dia á vuestra consideracion. Prevaleció por fin, como sucede siempre, la inclinacion á la conveniencia, y decidíme á hablaros *de los progresos que en los últimos treinta años ha hecho la historia de los pueblos primitivos, y del brillante porvenir que la preparan los asombrosos descubrimientos debidos al poder de la inteligencia humana.*

Cuando comparamos la antigüedad del hombre sobre la tierra con la época relativamente moderna á que remonta la verdadera historia profana, no podemos menos de lamentar el inmenso vacío que abisma en su seno la mas importante y mas curiosa parte de la infancia y desarrollo de la humanidad. La forma de poema en que nos fueron trasmitidos los primeros hechos dignos de la atencion de los hombres, demuestra suficientemente cuán poca confianza debe inspirarnos esta clase de leyendas, encaminadas á la instruccion popular mas bien que al fiel relato de los hechos. Por eso decia Aristóteles que la poesía era mas importante y mas general que la historia, porque ésta nos muestra lo que han hecho los hombres, y aquella lo que debian hacer. Y como una prueba de ello añade este insigne filósofo: «¿Cuán útiles no son los » buenos poetas? Orfeo ha enseñado á los hombres los » misterios y los sacrificios y á detestar los homicidios. » Museo los ha instruido en el arte de curar sus enfer- » medades, y de consultar á los oráculos. Hesiodo les » ha manifestado el modo de cultivar la tierra y las épo-

» cas de la sementera y de la recoleccion de las cosechas.
» Y el divino Homero, ¿por qué creeis ha adquirido tan-
» ta gloria y fama imperecedera, sino porque les ha en-
» señado cosas tan necesarias como ordenar los ejércitos,
» armarlos é infundirles la firmeza, el valor y la cons-
» tancia? »

La poesía, que algunos han llamado el lenguaje de los dioses, con su carácter metafórico, sus brillantes imágenes, sus ficciones, sus licencias, y sobre todo, con el ritmo de su metrificacion, congénito con la admirable estructura de nuestro órgano auditivo, tiene en efecto el privilegio de sobreescitar nuestras pasiones, y de grabar en la mente de un modo casi indeleble los sentimientos que nos inspira. Por eso la emplearon los primeros legisladores que se propusieron civilizar á los hombres, cuando el arte de fijar la palabra por medio de la escritura no era aun conocido, y por eso continuaron usándola aun despues de la invencion del alfabeto, siempre que se ha tratado de infundir en los hombres el sentimiento de las grandes acciones, y el mas importante sobre todo de la religion.

Pero si la poesía puede tener estas y otras muchas ventajas, que yo no le disputo, y antes soy el primero en rendirle homenaje, no es menos cierto que bajo el punto de vista histórico no solo no nos ofrece suficiente garantía de la verdad, sino que nos vemos obligados á proscribirla como evidentemente opuesta á ella, cuando no en el fondo de los hechos, sí á lo menos en sus detalles y circunstancias. El fundamento de la Ilíada, el primero y mas célebre poema épico de la antigüedad, ¿no ha sido puesto en duda por varios autores antiguos, entre ellos el mismo Herodoto? Son notables sus palabras á es-

te propósito. «Me parece, dice, que Homero conocia » este hecho (el arribo de Helena á la córte del rey de » Egipto); pero como convenia menos á la epopeya que » el elegido por él, le pareció mejor omitirlo.»

La verdadera historia, que consiste en el fiel relato y enlace filosófico de los hechos, no era compatible con las ficciones de la poesía usada por los primeros escritores, que legaron á la posteridad los sucesos mas notables de los anales primitivos del género humano. Por desgracia cuando mas tarde la perfeccion de las lenguas y los progresos de la civilizacion permitieron á los historiadores servirse de la prosa, cuya sencillez estaba mas en armonía con la severidad de la historia; el trascurso de los siglos habia borrado muchos hechos de la memoria, y alterado los que aun se conservaban en ella con los romances y rapsodias que entonces, como ahora, debian su popularidad á la propension del hombre por todo lo maravilloso y sobrenatural. Los historiadores posteriores se vieron obligados á beber en estas fuentes corrompidas, cuya pureza intentaron restablecer adulterando y modificando la narracion de los hechos, segun el criterio de cada uno. No deben de consiguiente estrañarse las frecuentes contradicciones en que incurren, y que convierten la historia en un verdadero caos. Así es que se engañaria lastimosamente, como decia el abate de San Real, quien estudiase la historia con la esperanza de conocer los sucesos pasados; sino mas bien con la de averiguar lo que creian estos ó los otros autores, pues que en definitiva no puede buscarse en ellos la historia de los hechos, sino la de las opiniones de los hombres. Y si esto es una verdad aun respecto á los orígenes de las naciones griega y romana, únicas que nos son algo conocidas, ¿qué

podremos decir de los anales de los otros pueblos que florecian en la antigüedad, y de que apenas tenemos mas noticias que las trasmitidas por los autores griegos? La historia, tal como nosotros la conocemos, se debe menos al pensamiento filosófico de presentar á los hombres las lecciones de la esperiencia como regla de conducta, que á la pasion dominante de los griegos por hablar y referir hechos; pasion que Lucrecio comparaba con la enfermedad epidémica que acometió á los habitantes de Abdera, muy semejante á la locura. Así es que la historia de la antigüedad se hallaba reducida hasta poco hace, á lo que los griegos, y mas tarde los romanos sus imitadores, tuvieron por conveniente trasmitirnos acerca de unos pueblos, cuyo orígen, emigraciones, lengua é instituciones les eran casi completamente desconocidas.

Sin embargo, los fenicios, los egipcios, los asirios, los medas, los persas, y acaso los hindus y los chinos formaban imperios poderosos llenos de vida y civilizacion muchos siglos, y aun miles de años, antes que las hordas salvajes de la Grecia, acaudilladas por algunos príncipes estranjeros, que las discordias intestinas habian arrojado de sus estados, se hubiesen constituido en sociedad. El conocimiento de su historia era por lo mismo para nosotros de un interés tanto mayor, cuanto la fama de sus hechos, y los grandiosos monumentos que de su poderío nos han legado los siglos escitando la admiracion, avivaban nuestra insaciable curiosidad. Pero ¿cómo satisfacerla? ¿dónde ni cómo inquirir los hechos que los autores griegos y romanos, única fuente hasta ahora de la historia, no han querido ó no han sabido ni podido trasmitirnos? A la verdad no parecia posible que pueblos que habian llegado al alto grado de cultura, que supone

la admirable invencion de la escritura, de este maravilloso arte, que, á la manera del moderno daguereotipo, que fija las fugaces impresiones de la luz, habia conseguido inmovilizar y perpetuar la palabra, tan efímera como las vibraciones del aire que la producen, no hubiesen cuidado de consignar en sus anales los acontecimientos mas importantes de su historia. El invento mismo de la escritura, y las diversas fases porque forzosamente ha debido pasar antes de adquirir la sencilla forma alfabética en que fué trasmitida á los griegos, eran puntos de la mas alta importancia para conocer la marcha progresiva de la cultura y civilizacion del espíritu humano, que probablemente se descubrian en la ignorada redaccion de esos mismos anales.

Pero ¿ dónde estan y cuáles son los archivos que encierran esos anales? Por fortuna, señores, esos archivos existen y con tal profusion, que ella sola basta para atestiguar todo el empeño con que los pueblos primitivos procuraban trasmitir á la posteridad los hechos memorables de su historia. No conociendo el papel, ni el pergamino, ni aun al principio el papyro, que solo crecia en los terrenos pantanosos del Egipto, ó lo que parece mas probable, deseando eternizar sus fastos, prefirieron consignarlos en el granito con que construian, y en el mármol con que decoraban sus grandiosos templos y suntuosos palacios. Cada pórtico, cada fachada, los fustes de sus numerosas y gigantescas columnas, los dinteles y jambas de las puertas y ventanas, los frisos, los muros y techos de las habitaciones, los obeliscos y demas monumentos destinados al ornato público, las estelas ó columnas conmemoratorias, y hasta las necrópolis y sarcófagos, formaban otras tantas hojas de sus peren-

nales archivos. Los asirios sobre todo, no satisfechos con esculpir en el frontispicio y en el interior de sus edificios todo género de inscripciones, las grababan hasta en los mismos ladrillos destinados á la construccion, como si hubieran querido perpetuar la memoria de los hechos mas allá de la duracion de sus colosales monumentos, con los que al parecer se habian propuesto desafiar la destructora accion de los siglos.

Los egipcios conocian ya el papyro á lo menos desde la quinta dinastía, es decir, mas de dos mil años antes de la guerra de Troya, y si bien se servian de él para los libros sagrados ó hieráticos, cuya redaccion y custodia estaba confiada á la raza sacerdotal, los fastos de la nacion, la cronología de sus reyes, sus espediciones, sus victorias y conquistas, continuaron esculpiéndose en los monumentos públicos, no solo como un medio mas seguro de legarlos á la posteridad, sino como una leccion viva, un estímulo perenne para la enseñanza y la conducta del pueblo.

Los asirios, que no poseian el papyro, pero que sentian la necesidad de comunicarse por escrito á medida que se perfeccionaba entre ellos este admirable arte, empleaban para sus usos privados, y por decirlo así, para sus bibliotecas, las planchas de metal y las tabletas y cilindros de arcilla cocida. He dicho para sus bibliotecas, porque los silabarios que se han descubierto dan testimonio fehaciente de su amor á las letras, y del empeño con que procuraban instruirse en el arte entonces difícil de la lectura.

Pero si tantos, tan públicos y de tal importancia son los archivos de estos antiquísimos pueblos, ¿cómo no los han consultado los primeros historiadores griegos, sobre

todo Hecateo y Herodoto, que visitaron el Egipto con el único fin de estudiar sus costumbres, sus instituciones y su historia? ¿Cómo no lo han hecho los romanos en el largo período de su dominacion sobre aquella tierra clásica de la antigüedad? ¿Cómo no lo hemos hecho nosotros mismos en los siglos que van trascurridos desde el renacimiento de las letras? Respecto de los griegos y de los romanos, que despues de la conquista de Alejandro vivieron en intimidad y formaron, por decirlo así, en sus respectivas épocas, un solo pueblo con los egipcios, y que presenciaron y ordenaron la ereccion de muchos de los edificios en que hicieron esculpir en antiguos caractéres del pais los nombres de sus reyes y emperadores; no se esplica esta omision sino por el orgullo de raza y la indiferencia con que este les hacia mirar el estudio de otra lengua que no fuese la nacional. Si hubo honrosas escepciones, como la de Maneton, cuya historia del Egipto estaba sacada de los archivos sagrados confiados á su custodia; si hubo otros aunque raros escritores, como Chœremon en la época de Augusto, y Horapolo hácia el siglo V de nuestra era, que escribieron sobre los geroglíficos egipcios, la injuria de los tiempos nos privó de estos preciosos recursos, y si hoy hemos podido rescatar del olvido algunas páginas de estas dos últimas obras, hemos tenido el sentimiento de que no corresponden á lo que de ellas se esperaba, si bien contienen lo bastante para convencernos de la exactitud de los portentosos descubrimientos que en la interpretacion y lectura de los geroglíficos egipcios se han hecho en nuestros mismos dias.

La marcha del espíritu humano, aunque segura por ser el resultado de la inteligencia comun, es por esta misma razon demasiado lenta para que la reconstitucion

de la lengua y escritura del pueblo de los Faraones pudiese ser la obra de uno solo ni aun de algunos ingenios. Newton no hubiera llegado probablemente á concebir su admirable teoría de la gravitacion con que inmortalizó su nombre, si no le hubieran precedido los brillantes descubrimientos de Copérnico, Keplero y Galileo. Del mismo modo sin las investigaciones, y hasta sin los errores de los sabios que á fines del siglo pasado y principios del presente habian emprendido el difícil estudio de la interpretacion de los geroglíficos, ni Young ni aun el genio portentoso de Champollion hubieran llegado á sentar la verdadera base de su lectura. Pero así como cuando está convenientemente preparado el terreno basta que caiga la mas ligera semilla para que germine, brote, se arraigue y crezca con lozanía, así ha sucedido en este caso á la inteligencia humana, que preparada con los serios y concienzudos estudios que de un siglo á esta parte se han hecho en la filología comparada, bastó dar el primer paso en tan difícil senda, para que los hombres graves y profundos convirtiesen toda su atencion hácia un estudio, que les ofrecia la fundada esperanza de abrir á la moderna Europa los archivos del antiguo Egipto, cerrados hace cerca de dos mil años.

Por mucho que esta esperanza los lisonjease, una dificultad insuperable los detenia en su loable empeño. Para estudiar una lengua ó una escritura desconocida, siquiera sea de las que actualmente estan en uso, no hay mas que un solo medio, la interpretacion oral ó escrita: si la primera es preferible para las lenguas vivas, solo es posible servirse de la segunda para las lenguas muertas. Era preciso, pues, hallar esta interpretacion en alguna inscripcion bilingüe mas ó menos estensa, que les diese

á conocer la correspondencia, si no de todos los signos geroglíficos, de algunos á lo menos que les sirviesen de jalones en la difícil y escabrosa senda que habian emprendido.

Esta clave, esta piedra angular del edificio que en pocos años se ha levantado en honor del Egipto antiguo, nos la ofreció un hallazgo inesperado, la famosa inscripcion de Roseta, descubierta durante la por siempre memorable espedicion francesa en Egipto. Contenia esta una triple inscripción: dos de ellas en caractéres egipcios, aunque diferentes entre sí: la primera formada de los caractéres que llamamos geroglíficos; la segunda de una escritura que parecia cursiva, y que desde luego se supuso era la que los griegos designaban con el nombre de enchorial, epistolar ó demótica, esto es, popular; y la tercera finalmente, aquella que habia de ofrecernos el hilo de Ariadna que nos sacase del intrincado Dédalo en que, despues de dos mil años, se hallaba como perdida la inteligencia humana, estaba en caractéres conocidos, en caractéres griegos. Grande fué el entusiasmo, grandes las esperanzas que hizo concebir á los sabios este feliz hallazgo; y sin embargo, ¡ cuántos años no pasaron antes de recoger el fruto de sus empeñados y perseverantes esfuerzos! En efecto, si bien la inscripcion de Roseta podia ofrecer á los filólogos el punto de apoyo, que pedia Arquímedes para levantar la tierra, todavía les faltaba, como hubiera faltado al insigne mecánico de Siracusa, la potente palanca con que habian de remover tan inmenso peso. Era realmente preciso un grande esfuerzo de ingenio, un analísis profundo para resolver las infinitas cuestiones que desde luego debieron ofrecérseles. La primera y mas importante de estas cuestiones, la de sa-

ber si eran tres inscripciones distintas, ó una sola transcrita en tres alfabetos diferentes, aparecia resuelta por la version griega, segun la cual el texto contenido en ella estaba grabado igualmente en caractéres sagrados. Pero la piedra no contenia dos sino tres inscripciones; ¿cuál de ellas era la sagrada? Tampoco parecia dudoso; la geroglífica, que estaba en consonancia con la escritura monumental. Segun san Clemente de Alejandría, los egipcios usaban tres géneros de escritura: la geroglífica ó monumental; la hierática ó sagrada, usada en los papyros antiguos por la casta sacerdotal; y la epistolar, enchorial ó demótica, inventada mucho mas tarde, y usada por el pueblo en sus relaciones y contratos. ¿A cuál de estas dos últimas clases pertenecia la segunda inscripcion? Tambien se conocia fácilmente comparándola con los caractéres de los papyros, que en gran número se han encontrado en las necrópolis y sarcófagos. Pero aquí concluian todas las deducciones ciertas. Faltaba ahora identificar las palabras y los signos de cada una con las palabras y las letras de la transcripcion griega. Este analísis, que acaso parezca obra fácil á los que no esten familiarizados con esta clase de estudios, envolvia nada menos que la *creacion* de la lengua y escritura egipcias; perdonadme, señores, la metáfora tal vez atrevida que me sugiere la admiracion que profeso á los sabios que han consagrado su vida entera á este ímprobo estudio; envolvia, repito, nada menos que la creacion de la lengua y escritura egipcias, con sus nombres, sus raices, sus verbos, sus conjugaciones, su sintáxis, en suma con todos los accidentes y propiedades que constituyen una lengua ya perfeccionada, y lo que es aun mas admirable hasta con los sonidos arrancados de esos mismos monumentos de

granito, ¡como si todavía reprodujeran el eco del pueblo que los habia levantado!

No pretendo entrar en prolijos detalles sobre tan gigantesco trabajo, y me ceñiré únicamente á aquellas consideraciones que nos conducen á conocer la marcha que ha seguido el espíritu humano en la formacion del arte mas maravilloso y mas útil de cuantos ha inventado y pueda inventar su fecunda é inagotable inteligencia; en la pintura de la palabra, ó sea en el modo de trasmitirla á la posteridad por medio de la escritura. ¿Los geroglíficos egipcios eran simplemente iconográficos, esto es, una mera representacion del objeto? ó bien ¿habian llegádo ya á mayor grado de perfeccion y convertídose en simbólicos y convencionales, formando así una verdadera escritura ideográfica? ó finalmente dando un paso mas en esta senda, ¿representaban los sonidos, resultando de su combinacion una verdadera escritura fonética? y en este último caso, ¿era la escritura silábica ó simplemente alfabética? Hé aquí las difíciles cuestiones que los egiptólogos debian ventilar antes de fijar la verdadera inteligencia de la triple inscripcion de Roseta, cuyo deterioro hácia su principio embarazaba grandemente, cuando no hiciese imposible, resolver el problema. Habíase llegado, es cierto, á fuerza de una sagacidad y paciencia á toda prueba á sospechar la identidad de ciertos grupos con algunos nombres mas ó menos repetidos en la version griega; sospechábase igualmente que los grupos encerrados en una elipse, á que llamaron *cartuchos*, espresaban el nombre de los soberanos. De consiguiente el de Ptolomeo, que tan repetido se hallaba en la version griega, debia corresponder al cartucho repetido casi igual número de veces en la inscripcion geroglífica. Era por fin de

suponer, que no representando la palabra Ptolomeo ningun otro objeto material que un hombre, y no hallándose la figura humana entre los signos que la espresaban, no podian ser estos iconográficos. Tampoco parecia probable que fuesen ideográficos ó simbólicos, porque estos suelen ser generalmente simples y no complicados, como los que contenia el cartucho que espresaba el supuesto nombre de Ptolomeo. Los signos, pues, debian ser probablemente fonéticos. ¿Pero cómo averiguarlo? Seria preciso para ello comparar diferentes nombres propios que contuviesen algunas, si no todas, las letras que el de Ptolomeo, y aunque la transcripcion griega comprendia algunos de estos nombres en su primera parte, por desgracia habian desaparecido los geroglíficos que les correspondian. La suerte que tanto habia favorecido á los arqueólogos con el hallazgo de la piedra de Roseta, no tardó en ofrecerles otra nueva doble inscripcion en caractéres geroglíficos y griegos, en que se leian los nombres de Ptolomeo y de Cleopatra. Pero el cartucho de Ptolomeo era idéntico con el de la inscripcion de Roseta: hallábase así plenamente justificada la hipótesis de que el cartucho de esta última representaba el nombre de Ptolomeo. Faltaba solo identificar las letras, y este fué el primer paso verdaderamente decisivo dado por Champollion en la inmensa y brillante carrera que despues ha recorrido. Los nombres de Ptolomeo y Cleopatra encierran varias letras comunes; así si el quinto signo geroglífico de Cleopatra representaba una *P*, este mismo signo debia hallarse al principio del nombre Ptolomeo, que empieza con la *P* en la inscripcion griega; por igual razon debia corresponder el sétimo de Cleopatra ó la *T* con el segundo de Ptolomeo; y así por este órden, como su-

cedió en efecto. No quedaba, pues, la menor duda de que los egipcios empleaban los signos fonéticos alfabéticos y no silábicos en la transcripcion de los nombres propios. Pero ¿sucedia lo mismo en la espresion de los nombres comunes, y sobre todo en la de las ideas metafísicas y morales? No ciertamente, no sucedia así; y para comprender toda la dificultad, todo el mérito de Champollion, y los que hoy siguen la brillante carrera que él ha abierto, bastará decir que los egipcios empleaban á la vez todos los géneros de escritura, iconográfica, ideográfica ó simbólica, fonética silábica, fonética alfabética, y que todas estas formas entraban muy frecuentemente en una misma palabra. Añádanse ahora á esta inmensa confusion los determinativos del género, de la especie, del número, del tiempo, del artículo, del pronombre, del lugar, y hasta los espletivos, y formarémos una idea, si no exacta, siquiera aproximada de la inmensa dificultad de estas investigaciones, que encierran la determinacion de 960 caractéres diferentes.

Y no es esto todo. Los ilustres sabios que se consagran á este estudio, no se han contentado con traducir y entender las leyendas egipcias: han querido reproducir la lengua y sus sonidos, y puede decirse que lo han conseguido. Era esta determinacion de la mas alta importancia histórica, porque la filiacion de las lenguas nos conduce, si no siempre, en muchos casos á lo menos, al conocimiento del orígen de los pueblos. ¿Cuál era el idioma primitivo de los egipcios? Desde luego se sospechó que debia serlo el copto, usado por los antiguos indígenas. Pero ¿cómo probarlo? Hé aquí un nuevo escollo que superó bien pronto la sagacidad de Champollion. Habia llegado á conocer, como hemos visto, los caractéres

alfabéticos representados al parecer por signos iconográficos ó pictóricos. Así el leon representaba la *L* y el águila la *A* ; ¿qué relacion habia entre estos signos y las letras representadas? ¿era efecto de un capricho ó de una necesidad? A la simple vista lo primero pareceria lo probable, tanto mas, y esta era otra gran dificultad para descifrar los geroglíficos, que la esperiencia habia acreditado que habia signos homófonos, es decir, signos diferentes que representaban el mismo sonido, la misma letra. Pero en esta aparente confusion halló el genio de Champollion la clave del secreto, cuyo descubrimiento con tanto ahinco buscaba. ¿Qué relacion habia entre estos signos homófonos? Las figuras de una caña y de un águila, que ambas representaban la *A* en el nombre de Cleopatra, ¿qué tienen de comun entre sí? Nada, absolutamente nada físicamente consideradas; pero grande y muy íntima si las examinamos filológicamente. Una y otra palabra empiezan por la vocal *A* en la lengua copta, así como la de *leon* empieza por la *L*. Champollion dedujo de aquí dos consecuencias, á cada cual mas importante, y que sus posteriores investigaciones confirmaron plenamente: á saber, 1.° que el copto era la lengua de los antiguos egipcios, y 2.° que estos habian hecho en un principio para espresar los sonidos alfabéticos, lo que hacen muchos de nuestros silabarios para enseñar á los niños, esto es, representar el sonido de una letra por un objeto, cuyo nombre empiece por ella.

Aquí teneis, señores, un débil y pálido bosquejo de los primeros pasos dados en la senda que nos ha abierto los anales del antiguo Egipto. Solo añadiré que la certeza de estos descubrimientos raya hoy casi en la evidencia matemática. El alfabeto egipcio de Champollion,

modificado en algunos puntos por sus ilustrados sucesores, se ha aplicado con el mayor éxito á las inscripciones mas antiguas, y con su auxilio han podido identificarse gran número de los nombres de los Faraones contenidos en las listas de Maneton; y lo que mas es, contra la esperanza del mismo Champollion, que creia la construccion de las célebres pirámides de Ghizeh anterior á la invencion de la escritura, las investigaciones que en ellas hizo el general inglés Vyse han dado por resultado el hallazgo de diferentes inscripciones, en las cuales ha podido leerse, segun el alfabeto de Champollion, el nombre de los Faraones, á quienes Herodoto y otros historiadores griegos atribuyen su construccion. Pero lo que sobre todo no deja la menor duda razonable acerca de la certeza del alfabeto del ilustre académico francés, es el tratado de *los geroglíficos*, escrito por el sacerdote egipcio Chœremon, bibliotecario del Serapium hácia la época de Augusto, y que M. Birch acaba de descubrir entre las obras del monje bizantino Tzetzes. De los veinte y seis signos que esplica, quince coinciden enteramente con la interpretacion de Champollion: otros seis pueden esplicarse por el mismo sistema, los cinco restantes son nuevos y desconocidos.

Sentadas así las bases de esta nueva ciencia, que, como luego haré ver, se ha aplicado con no menor asombroso éxito á la interpretacion de las inscripciones asirias; resta ahora saber cuáles son los resultados que de ella ha obtenido, y puede obtener todavía en lo sucesivo, el estudio de la historia. El mas importante, el que para mí figura en primera línea, porque se refiere á la marcha progresiva del espíritu humano, es el orígen é invencion de la escritura puesta de manifiesto por un atento y

detenido exámen de las inscripciones geroglíficas de los egipcios. La simultaneidad con que en ellas se hace uso de los diferentes géneros de signos iconográficos, ideográficos y fonéticos, y la proporcion en que entra cada una de estas clases segun la época de las inscripciones; es un criterio seguro que nos revela el órden con que el hombre ha procedido en su invencion.

Lo primero que se ofreció á su vista fueron los objetos materiales cuyas formas reconoció, y cuando quiso conservar ó trasmitir la memoria de estos objetos trazó su figura, y tal fué el primer carácter ó signo de escritura, carácter puramente iconográfico, que pinta directamente el objeto aunque sin designacion de tiempo ni lugar ni otro accidente alguno. Hé aquí el punto á que llegaron, pero sin ir mas lejos, los pueblos de la Occeánia.

Bien pronto debieron convencerse los egipcios de la insuficiencia ó imperfeccion de unos signos, que confundiendo bajo una misma figura ó carácter á todos los individuos de la especie, no permitia distinguirlos entre sí. Necesario era de consiguiente añadir á estos signos, de que no podian prescindir en un principio, otros que sirviesen para determinar los individuos, ora fuese tomado de sus cualidades físicas, ora por asimilacion de otros objetos materiales. Tal fué el origen de los signos simbólicos ó emblemáticos, que constituyen el segundo grado en el órden progresivo de la escritura, al que habian llegado los mejicanos, cuando los sometieron las armas españolas.

De la representacion de los objetos físicos á la espresion de las ideas metafísicas habia una distancia inmensa, distancia que han recorrido y salvado los pueblos del antiguo continente espresando por signos escritos las ideas

de *Dios*, del *alma*, de la *fuerza*, de la *bondad;* pero estos signos no podian menos de ser arbitrarios y convencionales hasta cierto punto, aunque tomados de analogías mas ó menos exactas entre el mundo físico y el mundo moral; así el leon representó la idea de la fuerza. Estos nuevos signos llamados *enigmáticos,* unidos á las dos clases anteriores, fueron inventados por los chinos, los asirios y los egipcios, y forman la escritura propiamente ideográfica, que aun conservan los primeros; es decir, la escritura compuesta de signos que representan las ideas de los objetos, pero no los sonidos de las palabras con que espresan estos mismos objetos.

Semejante sistema de escritura bastaba para el uso del pueblo que, habiéndolo inventado, conocia perfectamente su teoría y su práctica. Pero desde el momento que quiso transcribir en su lengua un nombre propio cualquiera estranjero, como no le era dado representarle por medio de ningun objeto conocido, los signos iconográficos, simbólicos y enigmáticos, que por su reunion espresaban las ideas, no podian en tal caso tener aplicacion alguna. Para el pueblo estos nombres nada mas eran en realidad que una serie de sonidos vacíos de todo sentido, y acaso por esta razon tocaron la necesidad en una época ignorada de representar gráficamente estos sonidos. Tal fué sin duda el orígen, probablemente casual (como lo han sido en su mayor parte todos los grandes descubrimientos) del sistema fonético, que elevó con el tiempo el arte de la escritura al grado de sencillez y perfeccion en que hoy la admiramos. ¡Notable coincidencia por cierto! ¡Los nombres propios estranjeros dieron orígen á la espresion gráfica de los sonidos, y la espresion gráfica de estos mismos nombres sometida al analísis por los modernos, los

condujo á su vez á la restauracion de los sonidos, y al conocimiento de las lenguas de los pueblos primitivos! Coincidencia que nos demostraia una vez mas, si necesario fuese, que la verdadera marcha progresiva del espíritu humano la constituye el método analítico. Pero los egipcios no se contentaron como los chinos con emplear los signos fonéticos para la trascripcion de los nombres propios estranjeros, sino que se sirvieron de ellos juntamente con los ideográficos para espresar los objetos materiales y las ideas metafísicas. La estructura de su lengua, que, como todas las primitivas, era monosílaba, se prestaba admirablemente á ello. Los primeros signos fonéticos de los egipcios eran puramente silábicos, es decir, representaban una sílaba entera; un nombre, una raiz de la lengua; y el objeto á que correspondia este nombre sin dejar de ser un signo iconográfico, se convirtió en signo fonético silábico.

Dado tan inmenso paso, los egipcios no se detuvieron, sino que analizando los elementos de los sonidos fonéticos silábicos, llegaron al descubrimiento que coronó dignamente todos los anteriores, distinguiendo las diferentes emisiones de la voz humana, y formando lo que hoy llamamos el alfabeto. Introdujeron, pues, tambien en su ya complicada escritura los signos fonéticos alfabéticos, usados simultáneamente con los silábicos é ideográficos. Cuándo, cómo, en qué época se hizo cada uno de estos inventos es un problema que por ahora parece irresoluble. Lo único que sabemos con certeza es, que en las inscripciones mas antiguas descubiertas en la gran pirámide por el general Willam Vyse en los vanos que resguardan el techo de la Cámara del rey, se ven, aunque trazados mas groseramente con tinta roja, los mismos signos fonéticos é ideo-

gráficos usados en las inscripciones de las últimas dinastías, y hasta en las del tiempo de los Ptolomeos y de los Césares. Es decir, que desde la primera manifestacion de la escritura, muy cerca de tres mil años antes de nuestra era, vemos al Egipto en posesion de todos los caractéres que formaban la que nos presentan sus monumentos mas modernos.

No se concilia en verdad la marcha forzosamente progresiva del espíritu humano con esta súbita aparicion de una escritura ya perfeccionada y general entre el pueblo, como parecen indicarlo las inscripciones que acabo de mencionar, trazadas por los canteros que labraban las piedras, con el fin de reconocerlas y colocarlas convenientemente en el edificio á que las destinaban, segun se infiere de las marcas numéricas y correlativas que las acompañan. Posible es que así como hasta el año de 1837 se creia que la invencion de la escritura era posterior á la construccion de las grandes pirámides, porque hasta entonces ninguna inscripcion se habia descubierto en ellas, del mismo modo nuevas y felices investigaciones podrán ofrecernos ejemplos de escrituras puramente iconográficas, tal vez simbólicas, ó acaso ideográficas. Pero aun desde ahora un analísis detenido de los monumentos nos da ya evidentes señales de la perfeccion progresiva del arte de la escritura entre los egipcios, no obstante su aparente invariabilidad en el trascurso de treinta siglos. Así es que, si bien en todas las inscripciones descubiertas hasta el dia se ve el uso simultáneo de las cuatro clases de escritura mencionadas, observamos que en las mas antiguas predominan los signos iconográficos; que muchos de estos son reemplazados en los posteriores por los simbólicos; que á su vez ceden el puesto á los

ideográficos ; así como los fonéticos, que apenas figuraban en las primeras inscripciones, forman las dos terceras partes próximamente de las mas modernas. Por eso he dicho que en los perennales archivos del antiguo Egipto habia quedado consignada de un modo indeleble la marcha progresiva del espíritu humano en el admirable arte de la escritura.

Los egipcios no solo perfeccionaron lo que podemos llamar la esencia de este arte, sino tambien la forma haciéndola mas cursiva y fácil. Tal ha sido el orígen de la escritura hierática, que, por decirlo de una vez, no es mas que la taquigrafía de la geroglífica. En vez de trazar las figuras que formaban la escritura pictórica ó geroglífica, se contentaron con trazar su perfil, que modificado en lo sucesivo se convirtió con el tiempo en un signo arbitrario y convencional, cuyo orígen sin embargo se reconoce fácilmente. Esta escritura circunscrita, como lo indica su nombre, al uso de los sacerdotes, depositarios de los dogmas, de la ciencia y de la historia, no se usaba sino en los papyros, y nunca en los monumentos para los cuales se empleaba siempre la geroglífica.

El sistema hierático usado en su principio por el pueblo, como nos lo muestran las marcas hechas por los canteros en algunas de las piedras de la gran pirámide, cayó poco á poco en desuso, haciéndose ininteligible, á la manera que lo es hoy nuestra escritura antigua para la inmensa mayoría del vulgo. Sucedió, pues, que los caractéres se fueron modificando hasta constituir con el tiempo una escritura diversa llamada demótica ó vulgar, en la cual, si bien se distinguen muchos grupos tomados de la hierática y se reconocen tambien en ella signos ideográficos, prevalecen sin embargo los fonéticos,

que le dan una forma mas regular y parecida á la de las escrituras alfabéticas. Pero como el lenguaje se habia modificado al mismo tiempo por las relaciones de los egipcios con otros pueblos, la escritura demótica se acomodó al nuevo lenguaje, cuya interpretacion ha ejercitado y ejercitará aun por largo tiempo la sagacidad de los sabios.

Sin embargo, los primeros y mas importantes pasos estan dados, y de ellos se han deducido ya resultados de la mayor trascendencia para la historia. Entre estos figura en primera línea la reconstitucion completa de la lengua primitiva egipcia: reconstitucion que, como he dicho poco hace, no solo tiene una grande importancia filológica, sino tambien histórica. En nuestro caso se ha visto, por ejemplo, que si la lengua egipcia presentaba algunos caractéres incontestables de identidad con la familia de las lenguas semíticas, diferia notablemente bajo otros muchos puntos de vista, que parecian dar al pueblo egipcio el carácter de pueblo primitivo. Lo mas probable parece sin embargo que su orígen sea debido á la union de dos tribus, uma semítica ó descendiente de Sem, y otra aborígene, cuyo lenguaje tenia mucha semejanza con el chino. Semejanza bien singular y que viene á demostrar toda la importancia que puede traer para el estudio de la historia el conocimiento de los sistemas métricos de la antigüedad.

Los hombres conservan no solo el lenguaje que les han trasmitido sus mayores, pero aun tambien, y acaso con mas teson, todas aquellas instituciones con que estan familiarizados desde su infancia, como complemento indispensable de la vida social. En este caso se encuentra la determinacion de las medidas de todo género, sin las cuales no se concibe la existencia de una sociedad un poco numerosa. Su conocimiento puede por lo

tanto conducirnos á veces con mas seguridad que el de la misma lengua á descubrir el orígen de los pueblos. No me seria difícil presentaros multitud de pruebas de esta verdad, y tal vez tendré ocasion de realzarla con algunos ejemplos en el resto de mi discurso; pero es ciertamente singular, repito, que la semejanza que se encuentra entre la lengua primitiva egipcia y el chino, se encuentre igualmente entre sus sistemas métricos.

Los portentosos progresos hechos en la lectura de los geroglíficos no solo nos han permitido conocer la lengua é incidentalmente el orígen del pueblo egipcio, sino que por servirme del título de una de las obras mas notables publicadas sobre esta nueva ciencia, diré, que hemos hallado el *puesto que debe ocupar el Egipto en la historia universal*. En efecto, se ha aclarado su oscura cronología, y en vez de 17,000 años antes de J. C. á que algunos de los antiguos historiadores hacian subir el reinado de Menés, su primer soberano, se ha visto por el estudio de los monumentos que no escede mucho de treinta y cinco siglos, y puede decirse que conocemos monumentos históricos y religiosos de todos y cada uno de estos siglos á partir desde el tercero de la fundacion de la monarquía. El exámen de estos monumentos nos permitió conocer igualmente las épocas y los monarcas bajo cuyos reinados fueron construidos. Por las inscripciones, los bajos relieves y las pinturas que los decoran hemos podido restablecer el calendario egipcio, los ciclos ó diferentes períodos á que se referia, los fenómenos astronómicos de que partian, y de consiguiente la data fija de algunos, y cuando menos la relativa, de casi todos estos monumentos.

No es menos satisfactorio, y verdaderamente sorprendente, el acuerdo que de su exámen resulta entre la his-

toria monumental y la tradicional ó escrita. Las listas de las dinastías que nos habia trasmitido Maneton, pero de cuya certeza no podiamos responder por haberse perdido la obra original, se han confirmado en su parte mas esencial, y restablecido á su pristina pureza corregidas de los errores padecidos por sus copistas. Un detenido exámen de estas listas y de los títulos ó prenombres de los monarcas ha puesto en evidencia, que muchas de las dinastías del antiguo imperio habian sido coetáneas y reinado simultáneamente en diferentes partes del Egipto. De este modo desapareció el principal obstáculo que por mucho tiempo habia impedido acordar la cronología de las sagradas Escrituras con la duracion del imperio egipcio, en la hipótesis de que todas las dinastías de Maneton hubiesen sido sucesivas. Aconteció en Egipto lo que en todas las naciones, que si al principio formaron á veces un solo pueblo, sus vicisitudes políticas causaron con el tiempo su desmembracion, así como en otras ocasiones reunieron bajo un mismo cetro pueblos de diverso orígen. Vemos, pues, hoy confirmada por los monumentos egipcios la verdad histórica de los libros sagrados, del mismo modo que los descubrimientos modernos de las ciencias naturales, y especialmente de la geologia, han dado nuevo apoyo á la cosmogonía de Moisés. ¡Magnífico y singular privilegio el de la verdad! Puede, como el sol, quedar por mas ó menos tiempo oscurecida entre densas brumas, pero cuando estas se disipan reaparece con nuevo fulgor y mas radiante que nunca á los ojos de los mortales.

La armonía entre los recuerdos históricos á que nos ha conducido la interpretacion de los monumentos egipcios, y los que nos han trasmitido los autores antiguos, es la prueba mas concluyente de la exactitud del método

empleado por el ilustre Champollion y sus imitadores en la lectura de los geroglíficos. Así podemos decir que los monumentos nos han revelado la historia de un período casi sin interrupcion de 3,600 ó mas años. Su evidencia es tanto mayor, cuanto, como acabo de indicar, guarda en lo general una perfecta armonía con el testimonio de los escritores antiguos; pero así como la teoría atomística debida á los delicados analísis de los químicos, sirve á su vez para corregir y rectificar estos mismos analísis que la dieron el ser, así tambien sucede que la verdad histórica monumental, que toma su fuerza de la concordancia con la tradicional, sirve igualmente para ilustrarla y corregirla, purgándola de los pequeños lunares con que el trascurso de los siglos y los errores humanos la habian desfigurado. Así vemos que Herodoto, cuyo agradable estilo é ingenuidad decidieron á muchos sabios á darle la preferencia sobre los áridos y descarnados fragmentos del ilustrado sacerdote de Sebennytus, no ha sido siempre exacto en sus relatos, ora fuese porque le hubiesen inducido en error los sacerdotes egipcios á quienes consultaba, ora porque no comprendiendo bien las respuestas de sus intérpretes, las hubiese esplanado en la forma mas conveniente á su propósito; mientras que Maneton, bebiendo en las fuentes originales, y escribiendo la historia del Egipto probablemente por mandato de su soberano, debia de estar, como está en efecto, mas en armonía con los monumentos.

Si los del Egipto han servido para restaurar su historia antigua, no han sido menos útiles para confirmar la de los paises limítrofes, con los cuales estuvo necesariamente en relaciones estrechas. En sus bajos relieves se hallan representadas las victorias y los reyes vencidos,

cuyas fisonomías bastarian para distinguir la raza y paises á que pertenecian, si generalmente no estuviesen espresados en las inscripciones que acompañan á dichas escenas. En este caso se encuentra uno de los bajos relieves del palacio de Karnak, en el cual se ve entre los prisioneros del Faraon Sheschonk, jefe y fundador de la dinastía XXIII hácia los años 972 antes de Jesucristo, al rey de Judá, tal vez la figura del mismo Roboam, en cuyo quinto año de reinado fué tomada y saqueada Jerusalen por el rey de Egipto Sesac, segun el libro III, cap. 14 de los Reyes.

La historia primitiva de la Grecia ha recibido y recibe diariamente nueva confirmacion de los monumentos egipcios, y muy especialmente del conocimiento que hoy se tiene del sistema métrico de los Faraones. Su conformidad en gran parte con el griego, demuestra suficientemente la procedencia egipcia de las primeras colonias, que civilizaron la Grecia, contra el escepticismo de algunos críticos modernos, que sin suficiente fundamento negaron en esta parte las tradiciones históricas.

Las noticias que hemos adquirido sobre la religion de los egipcios por medio de la interpretacion de sus inscripciones, nos presentan esta bajo una faz enteramente nueva. Apenas teniamos una ligera idea de lo que era, bajo los romanos. Hoy conocemos todas sus particularidades desde los primitivos Faraones, y nos hallamos en estado de traducir é interpretar sus libros sagrados. Los resultados de este exámen han confirmado cuanto digno de crédito nos habian trasmitido los autores griegos y romanos; y nos ha puesto en el caso de descubrir en ella vestigios evidentes de una religion patriarcal y revelada.

No podemos poner en duda el esplendor de las artes

y las ciencias en las ciudades de Tebas y de Menfis desde la mas remota antigüedad, segun el testimonio fehaciente de los libros sagrados. Vemos por su contesto que el Egipto formaba una nacion poderosa, sometida á un gobierno regular é ilustrado dos mil años antes de nuestra era. Las relaciones que los hebreos sostuvieron por mas de cuatro siglos con la nacion egipcia y la dependencia que de ella tenian, debió necesariamente iniciarlos en las artes y las ciencias de esta nacion, de la cual debieron de tomar las muchas que ya poseian á su salida de Egipto, como lo vemos por el Éxodo. En sus descripciones encontramos efectivamente los elementos de la arquitectura egipcia; la ordenacion del plan; las proporciones numéricas de las partes; el uso de las columnas con sus basas y capiteles; los principios de la decoracion monumental; el empleo de los metales; el arte de los tejidos y de los bordados de oro; el de teñir las pieles y las telas de los colores mas vivos y variados; en fin, el arte de pulimentar y grabar las piedras preciosas, arte que supone el conocimiento de otras muchas, y que habia llegado á un alto grado de perfeccion en el Egipto y en el Asia, mucho tiempo antes que Cecrops hubiese arribado al Ática.

Los monumentos nos confirman en estas mismas ideas. Su inspeccion nos convence de que las artes arriba mencionadas florecian en la capital de Egipto. Se las ve en todas partes; en sus grandiosos templos, en los palacios de los Faraones, en sus sepulturas, y en las de los particulares. Es evidente que la nacion poseia desde la mas remota antigüedad conocimientos muy estensos sobre el arte monumental y el ornato de sus grandes obras arquitectónicas. ¡Qué multitud de estudios prácticos y cientí-

ficos no revela la sola construccion de las pirámides de Gizeh, las primeras y las mas gigantescas que nos han legado los siglos! ¡Qué máquinas é ingenios tan poderosos no supone la elevacion á considerable altura de sus colosales sillares, de los cuales poquísimos pesan menos de 6 toneladas, y algunos llegan á 51! ¿Qué fábrica moderna, cualquiera que sea su importancia, puede, no diré esceder, pero ni igualar siquiera la ejecucion y el labrado de unos sillares, cuyas aristas estan pulimentadas y de tal modo sentadas que no cabe entre ellas una simple hoja de papel? ¿Qué temple que no fuese el del acero podria dar á los instrumentos la suficiente dureza para cortar y pulimentar los enormes prismas de granito rojo, descubiertos en 1837 por el general inglés Vyse, que formaban el revestimento de la gran pirámide, segun el testimonio de Herodoto? Pero lo que sobre todo debe de llenar de admiracion á los que conocen la dificultad que presenta aun hoy en dia, con el poderoso auxilio de la ciencia, la orientacion perfecta de un círculo mural, es que el arquitecto de las pirámides haya conseguido esta exactísima orientacion en una línea que no baja de 234 metros, que tiene de lado la base de la gran pirámide. En resolucion, hoy tenemos la certeza de que los egipcios poseian los principios generales de legislacion y de moral; los elementos de las ciencias y de todas las artes mas necesarias al hombre; es decir, de todos los primeros descubrimientos que forman la base de los conocimientos humanos.

Pero ¿en qué época y por qué medios progresivos llegaron á tan alto grado de civilizacion? Hé aquí un punto que no se ha resuelto, ni probablemente podrá resolverse nunca. La civilizacion egipcia no tiene historia. Desde

el primer siglo, tal vez desde los primeros años de la fundacion de la monarquía por Menés, conocian sin duda la escritura, y aun acaso la mayor parte de las instituciones que vemos ya establecidas en los siglos posteriores. A lo menos la tradicion histórica nos presenta á su hijo Athothis como muy hábil en la medicina, y autor de varios libros de anatomía, y los monumentos nos evidencian que desde la tercera dinastía el gran Sesortesen, tal vez el Sesostris de las antiguas rapsodias egipcias, conocia el arte de construir con sillares, elevado á tan alto grado de perfeccion bajo la siguiente dinastía, á quien se deben las pirámides de Gizeh. En las inscripciones que últimamente se han descubierto en ellas, vemos ya el mismo género de escritura que presentan los monumentos mas recientes de los Faraones, y aun los construidos bajo los Ptolomeos. El pueblo egipcio parece casi estacionario durante el largo período de mas de treinta y seis siglos que comprende su existencia, pues las pequeñas variaciones que en ella se notan estan limitadas á la forma y proporciones de sus templos, y al lujo de sus habitaciones como consecuencia del aumento de su riqueza y civilizacion. Fuera de esto el pueblo egipcio se presenta el mismo en todos tiempos. No se descubre en él, como en otras naciones, la época de su infancia, ni por el estilo de las artes, ni por sus costumbres. Desde los primeros tiempos sus monarcas los sometian indudablemente á reglas fijas y convencionales, que dificultaron, si no impidieron del todo, el progreso de su civilizacion, sin que nos sea dado conocer á qué punto hubiera llegado esta si hubiesen gozado la libertad de los griegos.

Tampoco conocemos su primitivo orígen y la época de su establecimiento en el valle del Nilo, pues aunque

no falta quien pretenda descubrir alguna semejanza entre sus costumbres y las de los hindus; ni estos existian como nacion, sino muchos siglos despues de haberse desarrollado la civilizacion egipcia; ni en la lengua se nota la menor analogía que pueda autorizar tan aventurada hipótesis. Así pues, ni la tradicion histórica, ni la filologia, ni la anatomía comparada, únicas fuentes hoy conocidas para descubrir el orígen de los pueblos, alcanzan á determinar el de los egipcios. Sin embargo, consideraciones de otro género, y de las cuales se habia enteramente prescindido hasta ahora en el estudio de la historia, me inducen á creer que el pueblo egipcio no era un pueblo primitivo, y que anteriormente á él existia otra civilizacion mas antigua, de la cual copiaron algunas de sus mas esenciales instituciones.

Hasta fines del siglo pasado la historia no tenia mas que un solo criterio: la tradicion oral ó escrita. Los trabajos de Adelung, de Vater, de Perez Bayer, del marqués de Valdeflores, de Klaproth, de Guillermo Humboldt y de otros muchos sabios modernos sobre la lengüística ó filologia comparada, han dotado á la historia de un nuevo y mas seguro criterio para descubrir la filiacion y emigraciones de los pueblos en sus primitivos orígenes. El célebre Cuvier, creando con su prodigioso genio la anatomía comparada, y deduciendo de simples fragmentos fosiles la formacion antidiluviana, nos dió otro medio no menos poderoso de distinguir las razas de los diferentes pueblos. Muchos sabios eminentes que desde el renacimiento de las letras se habian dedicado al estudio de los sistemas métricos de los pueblos antiguos, abrieron una nueva senda, que, aunque erizada de dificultades, todavía puede en mi concepto servirnos para el mismo obje-

to. Emprendíla, pues, no sin grande desconfianza aunque con decidido empeño, bien convencido de que, si hasta el presente habia sido infructuosa, esto se debia menos á la escasez de datos que á la falta de crítica y á la prevencion con que habian sido examinados. Sin lisonjearme de un éxito completo, creo haber llegado á algunas consecuencias generales, que á su vez pueden conducirnos, respecto á la filiacion de los pueblos, á los mismos resultados que la lengüística y la anatomía comparadas. Los sistemas métricos infiltrándose, por decirlo así, en todos y en cada uno de los actos de la vida civil, han llegado á arraigarse en los hábitos de los pueblos con mas firmeza, si cabe, que la misma lengua, alterada y modificada frecuentemente, sea por las relaciones con otros pueblos, sea por la sola y esclusiva accion del tiempo. Por eso en sus emigraciones llevan constantemente el uso de sus sistemas métricos, de suerte que su estudio puede ilustrarnos tanto y mas que el de la lengua acerca de su procedencia. Aplicado este nuevo criterio á los egipcios, vemos que su sistema métrico, aunque de una sencillez y elegancia admirables, que suponen un alto grado de civilizacion, y revestido de un carácter de originalidad indudable en cuanto al valor absoluto de sus tipos, parece ser en sus formas y analogías una copia de los seguidos en la Fenicia y la Asiria. A lo menos no se concibe que la casualidad haya conducido la civilizacion de estos tres pueblos á sistemas enteramente idénticos en sus formas, aunque diversos en sus tipos. Como quiera que sea, estos tres pueblos parecen disputarse la primacía de haber sido la cuna de las demas civilizaciones que hoy conocemos, puesto que de sus sistemas métricos derivan los de todos los otros pueblos de la antigüedad.

Tales son respecto al Egipto los datos históricos debidos á los portentosos progresos hechos últimamente en el exámen de sus numerosas é imponentes ruinas, que despues de dos mil años llenaban de tanta mas admiracion á las generaciones que nos han precedido, cuanto mas impenetrables se mostraban á su curiosidad las multiplicadas leyendas de que estaban cubiertas.

Por numerosos é importantes que sean los resultados obtenidos en el estudio de los geroglíficos egipcios, no son menos sorprendentes, y aun si cabe, superiores los que en los últimos quince años se hicieron en la interpretacion y lectura de las inscripciones asirias. Todos conoceis, señores, esas inscripciones llamadas cuneiformes, constituidas por un solo elemento en forma de cuña, que agrupado de mil distintas y al parecer caprichosas maneras, justifica, hasta cierto punto, la idea que de ellas se habia formado en su *Historia religionis veterum Persarum,* el célebre orientalista inglés Hyde. « Estos caractéres, dice, no pueden espresar sistema alguno de escritura, pues que ni son letras, ni geroglíficos, ni figuras destinadas á representar una palabra entera, como en la escritura de los chinos: no son, pues, sino el resultado del capricho de un escultor que, encargado de la ornamentacion de los palacios de Persépolis, ha tenido la idea de ensayar cuantas formas diferentes puede producir una figura elemental combinada consigo misma. » No faltó quien llevase la estravagancia hasta suponer que estos caractéres eran debidos á la accion corrosiva de algunos gusanos, que, semejantes á la broma de las embarcaciones, habrian atacado las piedras de los edificios de Persépolis. Pero si la aparente confusion de estos signos se prestaba á tan aventuradas congeturas aun de ilustres sabios,

como Hyde, otras personas no menos distinguidas por su cuna que por su aficion á la arqueologia oriental, habian visitado y descrito las imponentes ruinas de la antigua capital de los acheménidas, la célebre Persépolis, hoy *Tchilminar* (las mil columnas), reducida á cenizas en una noche de orgía por su conquistador Alejandro á instancias de la cortesana Thais. Nuestro compatriota Don García Silva de Figueroa, embajador de Felipe III en la córte de Persia, habia sabido hermanar, á la manera que lo hacen hoy muchos ilustres diplomáticos, su mision oficial con el estudio de las antigüedades orientales. Informado por un compatricio suyo, el religioso español Fray Antonio Govea, de la existencia é importancia de las ruinas de Persépolis, concibió el proyecto de visitarlas, y fué el primero que dió una descripcion bastante completa para formar de ellas una idea aproximada. Llamó la atencion sobre la multitud de inscripciones que las cubrian, y guiado por un espíritu profundo de observacion, distinguió claramente que pertenecian á diferentes épocas. Las unas ligeramente grabadas le parecieron modernas: las otras profundamente entalladas creyó que debian pertenecer al monumento mismo y remontar á la época de su construccion. Estas inscripciones llamaron sobre todo su atencion por su forma y colocacion caprichosas. «Las letras, dice, se componen de pequeñas figuras piramidales diversamente colocadas; las hay en todas partes de los edificios; en las escaleras, en los arquitrabes;» y á fin de darlas á conocer mejor, hizo copiar en su presencia una línea de la grande inscripcion grabada sobre la escalera que conduce al arriate ó terraza sobre la cual estaban construidos los palacios. Como se ve, nuestro compatriota habia adivinado por una especie de inspira-

cion, lo que muchos despues de él habian puesto en duda, á saber, que el carácter de la escritura cuneiforme era en gran parte alfabético. Pero si Figueroa creia que estos caractéres representaban letras, Pedro de la Valle fué el primero que, estudiándolos con mas detenimiento, determinó la direccion en que debian leerse estas líneas, de izquierda á derecha, como nuestra escritura: observacion tanto mas ingeniosa, cuanto las escrituras orientales entonces conocidas se leian de derecha á izquierda.

Sin embargo, ni entonces ni en mas de un siglo despues llamaron estas inscripciones la atencion de los sabios. ¿Qué esperanza podian tener en efecto de descifrar su sentido cuando desconocian no solo los caractéres, sino tambien la lengua á que se referian? Otra cosa seria si hoy poseyésemos alguna de las dos columnas de mármol que, al decir de Herodoto, hizo levantar el primer Dario sobre las márgenes del Bósforo con inscripciones en lengua asiria y griega, para eternizar la memoria de las naciones que le seguian en su célebre espedicion contra el Occidente. En ellas hubiéramos hallado otra inscripcion bilingüe, que á la manera de la de Roseta, respecto á los geroglíficos egipcios nos hubiera dado, no sin grandes esfuerzos de ingenio, la clave para descifrar las inscripciones de Persépolis. Pero faltos de esta clave, ¿qué progresos podian prometerse los sabios en este estudio casi sibilítico? Ya lo he dicho hablando de los geroglíficos: el espíritu humano camina muy lentamente, pero avanza siempre en el descubrimiento de la verdad.

No me es dado sin abusar de vuestra indulgencia descender á un exámen minucioso de los ingeniosos procedimientos por los cuales llegaron los sabios en estos últimos años á poner en claro de una manera evidente

las inscripciones de los persas y de los medos, y á descubrir la mayor parte de los elementos de la escritura asiria y babilónica, reconstituyendo todas estas lenguas relegadas de la memoria de los hombres hace mas de veinticinco siglos.

Sin guia de ninguna clase y solo por un supremo esfuerzo de la inteligencia humana, y una inspiracion casi sobrenatural, llegaron los sabios no solo á conocer que las inscripciones de Persépolis encerraban, bajo una aparente homogeneidad en la forma de los elementos, tres diversas escrituras, sino que determinaron las lenguas á que estas se referian, su índole, sus accidentes gramaticales, y los pueblos que las hablaban. Han visto, por ejemplo, que una de las inscripciones trilingües era alfabética, y correspondia á la antigua lengua de los persas, hermana de consiguiente del zend y del pehlivi, y parte integrante del grupo indo-germánico ó lenguas arianas, porque se las supone oriundas de la provincia de Aria al Norte de la Persia. Que otra de estas inscripciones era silábica y correspondia á la lengua de los medos, y de los antiguos escitas, y afin por lo mismo del grupo que los filólogos designan con el epíteto de tártaro-filandes. Finalmente, la tercera inscripcion, la que resistió por mas tiempo á los esfuerzos de los sabios, y que aun está muy distante de ofrecer un resultado tan satisfactorio como las anteriores, era una escritura monogramática como la de los chinos, si bien la usaban tambien á veces, como los últimos, para espresar los sonidos. Sus elementos son, pues, numerosísimos; los unos silábicos, los otros monogramáticos ó ideográficos, y de estos los hay del nuevo y del viejo estilo, revelando algunos con toda evidencia su orígen iconográfico ó geroglífico, como los de

los egipcios. Esta escritura era la de los asirios y babilonios, y espresaba una lengua semítica, como el hebreo y el caldeo, aunque diferente de ellas.

La certeza de tales descubrimientos no ofrece hoy ningun género de duda. La lectura de las multiplicadas inscripciones persas, medas y asirias han reproducido los mismos nombres de los monarcas y sus progenitores, que nos habian trasmitido la historia y los sagrados libros, si bien rectificados á veces, como sucede con el del rey persa Asuero, casado con la judía Esther, que no es otro que Xerjes, hijo de Dario, cuyo nombre persa mal interpretado por la trascripcion hebrea, dió lugar á la equivocacion de los griegos y latinos. En la larga inscripcion de Mizitum, que en mas de 400 líneas comprende la historia de las guerras, victorias y principales sucesos del reinado del primer Dario, fundador de la dinastía asheménida, la aplicacion del alfabeto persa, determinado mucho antes de que aquella inscripcion fuese conocida en Europa, permitió leer entre los antepasados de Dario los mismos nombres indicados por Herodoto, cuya veracidad histórica en lo general se ve comprobada á proporcion que se hacen nuevos descubrimientos arqueológicos. Pero lo que confirma de un modo sorprendente la exactitud de estos alfabetos y la del egipcio dado por Champollion, es una inscripcion hallada sobre un vaso de pórfido escrita en persa, en medo, en asirio, y á su lado un cartucho en geroglíficos egipcios, que indica de consiguiente el nombre de un soberano. Aplicado á este cartucho el alfabeto de Champollion ha resultado el nombre de Xerjes, y este mismo nombre reproducen las otras inscripciones aplicándoles respectivamente los suyos. Si esta no es una demostracion matemática, que no cabe en

estas materias, nadie se atreverá á negar que es á lo menos la mas concluyente y perentoria que permite la índole de los trabajos filológicos, que tan vasto campo han abierto al estudio de la historia antigua. No solo estas inscripciones han confirmado cuanto sabiamos de la historia de los persas, sino que nos han permitido restablecer en su mayor parte la cronología de las diferentes dinastías de Nínive y Babilonia, y comprobar mas y mas la concordancia de la Biblia con la historia profana.

Tal es en resúmen el resultado de los gigantescos progresos hechos en la interpretacion de las inscripciones asirias y egipcias, en menos de un tercio de siglo, por los sabios de casi todas las principales potencias de Europa. Si á nuestra patria no la ha cabido la gloria de tomar parte en ellos, efecto ha sido menos de la falta de aplicacion á estos interesantes estudios, cultivados con tan buen éxito en todas épocas por muchos de sus sabios, que del aislamiento en que nos han tenido en este último período respecto al movimiento científico general de Europa, nuestras vicisitudes y discordias políticas. Terminadas estas por fortuna, una nueva era se abre para España. El impulso dado por el Gobierno á los estudios clásicos; el ardor con que los cultivan ya muchos jóvenes llenos de vida y de esperanzas; los trabajos de los miembros de esta ilustre Academia, publicados unos, preparados y próximos á publicarse otros; la aficion que se despierta en la nacion hácia cuanto le recuerda sus antiguas glorias, todo, todo hace esperar que bien pronto recuperará en la república de las letras el alto puesto que habia sabido conquistar en sus mejores dias, y á que la convida el claro ingenio de que en todos tiempos han dado relevantes muestras sus privilegiados hijos. — *He dicho.*

5 bis

DISCURSO,

CONTESTANDO AL ANTERIOR,

POR

EL ILMO. SR. D. ANTONIO CAVANILLES,

ACADÉMICO DE NÚMERO.

Señores:

Un precepto de la Académia, alentando mi timidez, me obliga á hablaros en este dia de una materia mal estudiada en nuestro suelo, y que á mí, el último de vosotros, me es poco familiar. Empero este precepto lleva consigo una honra; la de presentaros hoy al nuevo Académico, que con una serie de doctas publicaciones ha ilustrado su nombre, que ha adquirido fama en España, fama en el extranjero, y que, por la clase é índole de sus tareas, es tal vez mas conocido y apreciado que en su patria, en las orillas del Támesis, del Rhin y del Sena.

Pagando el Sr. Vazquez Queipo un tributo de aprecio y de respeto á la memoria de su antecesor, el Excmo. Sr. D. Martin de los Heros, cuya plaza viene á ocupar en este dia, nos ha recordado, si de olvidarle fuéramos capaces, al hombre probo, al compañero afable y cariñoso, al literato distinguido, cuya voz resonó en tantas ocasiones en estas bóvedas, cuya palabra siempre fácil, muchas veces elocuente, avalorada por su carácter noble y franco, y por el acento de verdad que salia de sus labios,

nos ilustraba ora sobre puntos oscuros de la historia de Portugal, ora sobre la verdadera situacion geográfica de varios pueblos antiguos. La Académia, que recuerda su nombre con placer, su pérdida con sentimiento, deseó reemplazarle dignamente; y conociendo la vasta erudicion del Sr. Vazquez Queipo, y sus altas dotes como literato y como hombre, juzgó sin vacilar que debia asociarle á sus tareas, y darle asiento en este recinto.

¿Quién podria dudar del tema que el Sr. Vazquez Queipo habia de elegir para presentaros hoy una muestra más de su erudicion histórica? Todo el que conozca los estudios del nuevo Académico sobre el sistema métrico y monetario de los mas antiguos pueblos, todo el que sepa el aplauso con que su obra ha sido acogida en Europa, todo el que vea en ella un paso más, dado por la ciencia para conocer la historia de las mas remotas edades, no dudaria un instante que íbamos á oir el nombre de Champollion y sus pasmosos descubrimientos, que han hecho resucitar el Egipto para gloria de la Francia, para enseñanza de la humanidad. Dirigiendo sus miradas á los estudios nacidos en nuestros últimos años, á las investigaciones asiáticas, á que debemos la aparicion de pueblos ignorados, y el conocimiento de la infancia de las sociedades, nos ha demostrado cómo tales estudios nacieron y crecieron, llegando á la edad viril sin pasar por la infancia, ni por la pubertad.

Debo, señores, deciros algo acerca de este nuevo ramo del saber. Una de las glorias mas sólidas de nuestro siglo es haber levantado el velo que ocultaba el Oriente. Voy á manifestaros cuál es el estado de la ciencia en estos momentos..... pueda mi voz enardecer á la juventud, y llevarla á la investigacion de estas cuestiones. Los es-

pañoles, que han sido siempre soldados de la inteligencia, no han de permanecer arma al brazo el dia del combate.

Prestadme benévola atencion por breves instantes; nunca reclamé tan sinceramente vuestra indulgencia.

Ya sabeis, señores, la filiacion de la gran familia humana. Vuestra erudicion os recuerda, y pasan á vuestra vista como en fugaz panorama, los pueblos remotos, que cón los nombres de egipcios, asirios, babilonios, medos, persas, macedonios, griegos, cartagineses y romanos, fueron naciendo, creciendo y absorviéndose sucesivamente. Ya sabeis los pocos monumentos de piedra que, excepto de los egipcios, se conservaban de los pueblos primitivos. Dormia el Oriente en la profunda noche de los siglos, y cuando preguntábamos á la humanidad por los primeros años de su vida, se nos presentaban inmediatamente los griegos para respondernos lo que ellos, que eran muy jóvenes, no podian saber. La historia, pues, de la civilizacion del linaje humano no pasaba de la Grecia. A ella acudian los romanos á buscar sus dioses, á estudiar artes y ciencias, leyes y costumbres, sin conocer de dónde las aprendieron los griegos, considerándolos como inventores, siendo únicamente herederos de más antiguos pueblos, de más remotas civilizaciones. Cuáles eran estos pueblos, cuál su cultura, su lenguaje oral ó escrito, su cronología; cómo se llamaban sus dioses, sus reyes y sus héroes; cuáles fueron los principales sucesos de su historia, en qué monumentos se conservaban y cómo podrian interpretarse, cuestiones eran que no habian llamado aún la atencion de los sabios; tierras desconocidas en la inmensidad del piélago de la ciencia.

Cupo sin embargo á los españoles la gloria de haber

sido los primeros que llamaron la atencion del mundo sobre estos estudios, y de haber visitado detenidamente los lejanos pueblos que fatigan hoy la atencion de los orientalistas. Sin hablar de expediciones mas antiguas, á fines del siglo XIV fué Payo Gomez de Sotomayor, caballero de la Banda y Mariscal de Castilla, con una embajada á Tamurbec ó Tamorlan. Hízose grato, recorrió el pais, y entre otros presentes trajo á España dos damas principales, de rara hermosura, que tomaron el nombre de Doña María Gomez y Doña Angelina de Grecia. Posteriormente envió Enrique III por embajador al Tamorlan, á Rui Gonzalez de Clavijo, su camarero, famoso madrileño, á cuya embajada iba asociado Fr. Alonso Perez de Santa María. Recorrieron ambos la Persia y la Tartaria, y escribiendo la relacion de su viaje, que duró desde 1403 á 1406, uno de los mas notables, hicieron importantes observaciones sobre la geografía, costumbres y paleografía de aquel tiempo. «La letra que escriben, dice Clavijo, estos de Samarcante del rio allende, non la entienden, nin saben leer los del rio aquende; é llaman á esta letra Mogali; é el Señor trae consigo ciertos escribanos que leen et saben escribir esta letra.»

Felipe III, que deseaba que el rey de Persia Xaabas entretuviese con guerras continuas al turco, dispuso en 9 de Agosto de 1613 que D. García de Silva y Figueroa y Fr. Antonio de Govea, obispo de Sirene, fuesen de embajadores. Causas que no conocemos impidieron la marcha, que no tuvo efecto hasta 1618. Preparóse Don García para este viaje con la lectura de cuanto se habia escrito acerca de la Persia y de la India; llevaba consigo los libros, comprobaba sus observaciones y noticias sobre el terreno, y escribió sus célebres comentarios en

cinco libros, que en parte tradujo Wicqfort, y publicó en Paris en 1677. Mas por desgracia se perdieron los dos primeros; Wicqfort no los vió, ni los dibujos que contenian; hizo la traduccion sobre un manuscrito, y hasta hoy no se han publicado en España mas que trozos y extractos de la historia de tan notable expedicion. Descubrió D. García la capital de Dario, reconoció la existencia de las inscripciones, y copió un renglon de la que figura en la escalera que conduce al emplazamiento sobre que estaban los palacios.

Mientras los españoles hablaban de las inscripciones de Persépolis, el resto del mundo las ignoraba, y siglos despues las palpaba y no las creia. Ya habeis oido, pero ¿cómo no recordároslo? que el célebre orientalista inglés, el Dr. Hyde, decia que tales caracteres no formaban inscripciones, que eran meramente caprichos de un escultor que quiso deformar con ellos los muros de Persépolis, ó bien trazos hechos por viajeros que quisieron dejar huella de su tránsito por aquellos paises, y sólo nos la dejaron de su ignorancia. Oid, oid al grave y descontentadizo autor de la historia de la religion de los antiguos persas, que los que tales grabados hicieron merecen justa reconvencion por haber trasmitido á la posteridad rasgos insignificantes y groseros, tormento de los sabios y de los críticos.

Tabernier creia que tales signos no merecian la pena de ser dibujados, ni de que un viajero se apartase un solo cuarto de hora de su camino para observarlos.

Empezaron algunos sabios á investigar tan remotas antigüedades, y entre nosotros un ilustre valenciano, Perez Bayer, ofreció al mundo su célebre trabajo acerca de las monedas hebreo-samaritanas, en que manifestó sus

conocimientos en las lenguas orientales, y su profundo saber. Velazquez formó un alfabeto para descifrar caracteres desconocidos: otros trabajaron con mas valor que fortuna, porque es difícil andar por caminos no desbrozados, sin rumbo, sin guia, sin el auxilio de la experiencia ni de la tradicion.

De pronto aparece en la escena del mundo sabio el Dr. Lichteinstein, y, con peregrina arrogancia, se admira de que no se hubiesen descifrado antes tales inscripciones, que no le ofrecian la mas leve dificultad. Para él se hallan escritas en árabe antiguo, y por consiguiente son cúficas, deben leerse de derecha á izquierda, datan del siglo VII ú VIII de la era vulgar, son debidas á devotos musulmanes, y contienen solo versos del Coran. Estupenda solucion, que le produjo la admiracion de los ignorantes, la desconfianza de los estudiosos, y la compasiva sonrisa de los sabios. Los que á fuerza de estudio, palpando sombras, perdiendo á veces el rumbo, rectificándose una vez y otra á sí mismos, borrando hoy lo que escribieron ayer, iban poco á poco levantando trabajosamente parte del velo que oculta las pasadas edades, fueron indulgentes, porque sabian que antes de la luz solo puede haber caos, y porque la sabiduría y la indulgencia son hermanas.

Las armas francesas penetran en Egipto; Champollion el jóven, uno de los tres sabios de la familia que consagró su existencia al estudio de las antigüedades, llenó de luz al mundo al explicar con saber inmenso la inscripcion de Roseta, en que descubrió con admirable intuicion lo que tal vez sin él seria desconocido. Un decreto que presentaba un texto griego, al lado de otros dos, uno de ellos geroglífico, dió la clave para comprender las ins-

cripciones egipcias..... Mas las de Asia ¿cómo descifrarlas?... Al rumor de esta conquista de la ciencia vinieron á alistarse en la cruzada del saber campeones de todos los paises, ansiosos de ilustrar su nombre, y de navegar por piélagos ignorados. Empezó la tierra á ser removida; ingleses y franceses gastaron inmensas sumas, y la capital de Persia y Babilonia y Nínive, en su mayor parte cubiertas por el polvo de los siglos, resucitaron. Las sombras de Dario, de Nabucodonosor y de Ciro vagarian por aquellas soledades, viendo con gusto que á los bárbaros conquistadores que arruinaron su pasada grandeza, sucedian conquistadores pacíficos, que buscaban ruinas para estudiar en ellas olvidadas glorias.

Grandiosos restos de populosas ciudades; inscripciones en todos los edificios públicos, en las jambas, dovelas y arquitrabes y hasta en los ladrillos de Babilonia; bajos relieves y estatuas representando reyes y pontífices, magistrados y guerreros, trajes, usos, costumbres; trozos de palacios y templos; construcciones atrevidas, inmensos sillares, que no pudieron ser movidos sin enormes fuerzas y auxilios mecánicos; grandeza en el pensamiento, prolijidad en los detalles, perfeccion en la mano de obra, todo, todo apareció á la vista asombrada de los felices descubridores, que admiraron la inteligencia y el poderío de aquellos pueblos, sepultados en el olvido desde dos mil quinientos años antes de la era vulgar.

Y estas inscripciones y estas ruinas se encontraban en Persépolis, la gran capital que incendió Alejandro; en el camino que conduce de Karmancha á Bagdad; en Pasagardá, fundacion de Ciro; en el sepulcro de Dario; en la llanura de Murgab, y en otros puntos. Ademas en un lado del monte Mizitum ó Bisoutoum, á una respetable altu-

ra que lo preservaba de la destruccion, se halló un bajo relieve rodeado por una larga inscripcion, la mayor de las descubiertas hasta el dia. Por otra parte entre el Tígris y el Eufrátes estaba la Caldea; y la sagrada Escritura nos habla de Nínive, de su grandeza, de sus monumentos, del profeta Jonás, que predijo su destruccion. Cubierta por la arena de los desiertos, hace veinte años, solo veinte años, que no quedaba de esta ciudad mas que el nombre. ¿Qué fué de Babilonia, monton informe de ruinas? Y sin embargo sonó la hora de su resurreccion, y salieron del centro de la tierra sus famosos restos, y para ocupacion de los sabios aparecieron las inscripciones asirias.

Al punto se comprendió que en estas inscripciones debia encontrarse la historia de aquellos pueblos, la serie de sus reyes, sus grandes hechos, sus conquistas. Mas ¿cómo penetrar su significado?

Figuraos, señores, ... sentiré fatigar vuestra atencion. ¿Me dispensais un momento más vuestra indulgencia? — Sigo. Figuraos, señores, que todas las inscripciones de Persépolis estan formadas por dos solos caracteres: uno en figura de flecha, clavo ó cuña, ó sea un palo con cabeza, que puede representar uno de estos objetos; y otro una escuadra formada por la union en su parte gruesa de dos de estos caracteres. Los clavos ocupan de ordinario posicion vertical, á veces horizontal ó diagonal; las escuadras, segun el lado á que tienen el vértice, afectan seis diversas posiciones. Separados en unas inscripciones estos caracteres, unidos y enlazados en otras, se creyó que representaban tres distintos idiomas, ó que eran trilingües. A una de estas inscripciones se asemejaban las asirias encontradas posteriormente, si

bien figuraban ademas en ellas otros signos de mayor complicacion. Cada género de escritura recibió su diferente nombre, y para la generalidad se adoptó la voz *cuneiforme*, voz á la verdad no la mas propia, pero sí la mas afortunada.

Esto, y solo esto, sin puntos, sin espacios, sin divisiones marcadas, es lo que se presentaba á la vista de los estudiosos. Aseguraban unos que los caracteres debian leerse de derecha á izquierda, otros que de izquierda á derecha, quién que de abajo arriba, quién á la inversa, de arriba á abajo. ¿Y qué espresaban estos caracteres? ¿Letras, sílabas, palabras, geroglíficos? ¿Habia vocales? ¿Cuántas eran las letras de este alfabeto? ¿Eran 42 como aseguraba el dinamarqués Nieburh, 136 como pretendia Botta, 286 como suponen otros, 684 como opina Julio Oppert, ó 1200 como quiere el Dr. Hincks? ¿Qué sonidos deben representar, homofonos ó polifonos? ¿Son estos caracteres ideográficos ó fonéticos? ó lo que es lo mismo, ¿representaban sonidos ó imágenes? Y despues de todo, ¿á qué idioma se referian? ¿á qué familia lingüística podian aplicarse?

¡Cuánta duda! ¡Cuán profunda oscuridad! Dos cosas fáciles y concluyentes se investigaron pronto. Las inscripciones á veces empezaban el renglon teniendo los signos las dimensiones ordinarias, y á su fin se achicaban estos, ó se ponian mas juntos, como si el renglon no fuera suficiente para contener la leyenda. Esto sucedia á la parte derecha, y de aquí se dedujo que su lectura debia caminar de izquierda á derecha: solucion aceptable. Viéronse en Persépolis esculturas que representaban reyes; los eruditos sospecharon que serian Dario y Xérjes, como mas tarde que en Babilonia debia ha-

llarse el nombre de Nabucodonosor. Bajo la hipótesi de que las inscripciones que estaban al pie de los bajos relieves debian decir esto, empezaron á dar á las letras el valor que les convenia para llegar á esta solucion; y leian lo que su imaginacion tenia antevisto. Mas ¡cuánto ingenio fué preciso para justificar este procedimiento, que por lo fácil pudiera ser arbitrario! A poco hallaron dos nombres propios, divididos solo por un signo, que no formaba sílaba, ni palabra, y debia ser una inicial, ó un rasgo taquigráfico, ó resto adulterado de algun geroglífico, y que indicaba que aquellos personajes eran hijos ó sucesores unos de otros. Nuevos estudios, nuevas meditaciones, y otra vez fué preciso cavar, porque las soluciones de este género estan á gran profundidad como los metales.

Mas ¿dónde hallar noticias de estos remotos tiempos?... En la Biblia, en el libro mas antiguo del mundo, fué preciso buscar la infancia de la humanidad; y, cosa notable por cierto, los que para falsificar la historia remontaban el orígen del mundo á épocas fabulosas, vieron pronto que los nuevos descubrimientos se hallan en perfecta consonancia con los libros de Moisés. Persépolis tiene sus monumentos de piedra; Babilonia no tiene piedra en sus cercanías, y leemos en el Génesis: «Endurezcamos la tierra, hagamos ladrillos y construyamos una ciudad.» Y hace poco más de veinte años descúbrese la ciudad formada de ladrillo, como nos habia dicho el historiador sagrado; y esta ciudad es Babilonia, una de las mas fuertes de Mesopotamia, capital del imperio asiro-caldeo, bajo cuyos muros y al márgen de cuyos rios lloraba la tribu de Israel su cautiverio, hasta que Ciro la devolvió su libertad.

No se hace, señores, un nuevo descubrimiento en las ciencias sin que se encuentren nuevos comprobantes de la verdad de los libros de Moisés. No se exploran las ruinas sin que aparezca, como dice el célebre profesor Oppert, una asombrosa confirmacion de los textos bíblicos. Indudablemente la ciencia es católica; la ignorancia es atea.

El gran trabajo del entendimiento humano no es conocer los hechos, obra á veces del acaso, es generalizarlos, ver las leyes á que estan sujetos, y dejar consignada no solo su existencia, sino su razon de existir.

Fué preciso crear una ciencia nueva, y se creó; y esta ciencia, nacida en nuestro siglo, fué la filologia comparada, que debia dar la clave para estos descubrimientos. Al lado de la enseñanza del árabe, persa, turco, indostánico y chino, se estableció en Francia una cátedra de sanscrito, en que figuraron dignamente los sabios Bournouf y Oppert. Debióse á los ingleses el descubrimiento de la lengua de los bramas; Anquetil Duperron, militar francés, trajo á su pais fragmentos de textos en lengua zenda, afin del sanscrito. Los alemanes, al ver la coincidencia de los descubrimientos de estos grandes pueblos, dirigieron su profunda atencion á estos estudios, y Schlegel descubrió relaciones de semejanza entre la lengua de los bramas y los idiomas europeos. Dado este paso, Humboldt y Bopp crearon, por decirlo así, la filologia comparada. Ya no se limitaban á presentar semejanzas y diferencias de voces, sino á investigar las leyes á que unas y otras estan sujetas, su gramática, su organismo entero, reduciendo poco á poco á la unidad idiomas que se creian muy diversos, y que sin embargo nacian de la misma raiz, tenian igual orígen, y pertenecian á idéntica familia. Sorprendida por los sabios la filiacion de las

lenguas indo-europeas, fueron siguiendo sus modificaciones, señalando las leyes constantes é inmutables que debian regir á estos cambios, escribiendo la historia de la palabra, viendo en ella la identidad de orígen de los pueblos que la han hablado, y recomponiendo la historia primitiva.

Por desgracia los nuevos caracteres de Persia y de Caldea no presentaban semejanza ostensible con los idiomas conocidos. Los descubrimientos de Champollion habian descifrado monumentos egipcios sin analogía al parecer con ellos, y la filologia, que comparaba idiomas conocidos, mal podia juzgar lo que era completamente ignorado. La historia, pues, que contenian aquellas ruinas no se comprendia; los pueblos que la escribieron, vencedores y vencidos, habian desaparecido del mundo, y se creyó vano empeño descifrar lo que los siglos ocultaban.

¿Seria empero verdad que la filologia fuese ineficaz para resolver este problema? Los sabios aumentaron sus esfuerzos, las dificultades redoblaban su celo, y lo árduo del empeño fué un acicate más para los estudiosos. La solucion estaba próxima y no la veian. Volvieron con mas preparacion al estudio de la filologia comparada, gran palanca, poderoso medio de investigacion y descubrimiento; y en nuestros mismos dias, en los años mas próximos, oimos con admiracion que la primer línea de las inscripciones trilingües de Persépolis era el antiguo persa, que hablaron Ciro, Dario y Xérjes, lengua hermana del sanscrito, y que pertenece á la familia indo-europea. Anunciado al mundo este hecho, todo fué luz, y desaparecieron las dificultades. La segunda línea, que se cree escrita en medo-scítico, es todavía tormento de los sabios.

La tercera, que, como hemos dicho, era semejante á las inscripciones de Babilonia, es el antiguo asirio, de orígen conocidamente semítico. Descubrimiento importante, porque solo de Nínive se han recogido inscripciones, que pueden, segun los asiriólogos, llenar 20,000 páginas en folio.

Este brillante triunfo de la ciencia nos obliga á pagar un tributo de respeto á Grotefend, al coronel inglés Rawlison, á Lassen y Oppert, al general Wyse, Mr. Botta, célebre cónsul francés en Mossoul, que ha descubierto á Nínive, y que en sus inmensos trabajos nos ha dado á conocer con fiel exactitud sus ruinas é inscripciones. Bajo el azadon de sus obreros resucitó el célebre palacio de Korsabad con las gigantescas figuras, que parecia iban á animarse y á contarnos los sucesos de que habian sido testigos. Paguémoslo igualmente á nuestro antiguo y querido compañero el difunto Sr. Lopez de Córdoba, que enriqueció nuestro Museo con bajos relieves traidos de Nínive, que fueron descifrados por el sabio filólogo y eminente anticuario Mr. de Longperier, compañero nuestro tambien. Paguémoslo á Mr. de Saulcy, al Dr. Hincks, á los sabios alemanes, á las sociedades asiáticas de Lóndres y Paris, de las que la primera, para dejar fuera de toda duda la verdadera solucion, publicó un texto cuneiforme, y llamó á los sabios para que lo descifrasen. Cuatro célebres orientalistas aceptaron el reto, y, sin comunicacion unos con otros, dieron igual ó muy semejante traduccion á la leyenda. Demos por último una lágrima á la memoria del Dr. Schulz, asesinado por los kurdos á las orillas del lago de Van en Arménia, á donde le llevó el amor á este linaje de estudios... que tambien tiene sus mártires la ciencia.

Empero, señores, al concluir, permitid que os diga

una palabra, una sola palabra más. Sin participar de la incredulidad de Mr. Renan, convengamos en que aún quedan grandes dificultades; y que aunque todas puedan ser vencibles, no todas estan vencidas. Aun hay mucho que saber: se han hecho gigantescos esfuerzos, se han obtenido soluciones aceptables; mas ¿podremos asegurar que nuevos descubrimientos no vendrán á darnos otra nueva clave? Figuraos, señores, que la suerte hiciese aparecer alguna de las dos columnas ó stelas, de que habla Herodoto, erigidas por el primer Dario, cuyas inscripciones estaban en griego y en asirio... en vista de lo que se ha adelantado en estos últimos diez años, ¿cómo cerrar del todo las puertas al porvenir?

Nuestra juventud tiene delante de sí inmensos horizontes. Hay mundos desconocidos..... que nazcan en España nuevos Colones!

He dicho.